

Jaime Gazmuri Múgica, secretario general del MAPU Obrero y Campesino, ingeniero agrónomo, treinta y cuatro años de edad, es uno de los principales dirigentes de la oposición democrática chilena. Los lectores recordarán una entrevista realizada en Santiago de Chile después del "pinochetazo" y publicada en TRIUNFO.

El MAPU O. C. es la tercera fuerza política de la izquierda chilena después de socialistas y comunistas. Nacido en 1969, de una es-

ción radical de la democracia cristiana chilena, es hoy un importante partido obrero y marxista. Su actual secretario general, elegido en 1972 después de la muerte accidental de Rodrigo Ambrosio, permaneció clandestinamente en Santiago de Chile hasta comienzos de 1977, en que la dirección de su partido optó por pasarlo al exilio. A pesar de su juventud, o precisamente por ella, es uno de los exponentes más destacados y con más futuro de toda la izquierda chilena.

A CINCO AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO CHILENO

Jaime Gazmuri: "La situación y experiencia española es para nosotros un motivo de referencia obligado".

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

El próximo once de septiembre se cumple el quinto aniversario del golpe de Estado anticonstitucional chileno. Sesenta meses son un buen período de tiempo para establecer un balance global, tanto sobre la realidad económico-social como sobre la situación política. ¿Qué ha ocurrido en Chile desde el once de septiembre de mil novecientos setenta y tres al once de septiembre de mil novecientos setenta y ocho?

—Hay varios aspectos sobre los que se podría hacer un balance de estos cinco años de Junta fascista. A estas alturas ya se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que lo que ocurrió en Chile en el año mil novecientos setenta y tres fue el inicio de un proceso de profunda contrarrevolución. La oposición al Gobierno popular que fue tan heterogénea, tenía, no obstante, una dirección bien precisa, constituida fundamentalmente por la alianza muy estrecha del imperialismo norteamericano y la gran burguesía monopolista chilena. La instauración del Gobierno de la Junta ha sido la consolidación de un poder, el poder fascista, que responde estrictamente a esos intereses fundamentales.

"En ese sentido, la política de Pinochet, tanto en el terreno económico-social como en el terreno internacional, ha tenido una gran coherencia. Se trataba de lo fundamental de restaurar el dominio del capital monopolístico imperialista. En un país como Chile, que había vivido un proceso de profunda transformación social, y que además se había desarrollado de una forma democrática relativamente avanzada, ello significaba en lo económico reinsertar al país en el circuito de la dependencia del imperialismo, imponer una economía, que ellos han llamado social de mercado, que permita la reconcentración monopolística y posibilite la entrada sin trabas al país de los capitales de las compañías, principalmente americanas y últimamente japonesas. En definitiva, todo ello supone un doble proceso de reconcentración monopolística, imperialista, bajo un esquema de superexplotación del trabajo del asalariado. Lo que ellos llaman una economía abierta no es más que el intento, logrado aquel día, de

destruir todo lo que en los últimos cuarenta años se había logrado como desarrollo nacional.

"La imposición de un modelo de esta naturaleza en un país con un desarrollo social y político como el que había adquirido Chile en los últimos años, ha supuesto una implantación de una dictadura terrorista cuyas características represivas quizá sean el aspecto más conocido internacionalmente de la situación chilena. El triunfo del golpe de Estado supuso un primer período de represión muy violenta, que fueron los tres primeros meses después del golpe, espacio de tiempo en el que calculamos unos veinticinco o treinta mil compañeros asesinados, unos cien mil encarcelados, la supresión prácticamente de todas las libertades democráticas, de todas las instituciones democráticas: partidos, Parlamento, sindicatos, etcétera.

—En España hemos acuñado durante el proceso anterior y posterior al cambio político una nueva expresión terminológica para referirse a los poderes reales de una sociedad por encima de los poderes formales e institu-

cionales. Es decir, lo que denominamos poderes fácticos. ¿En qué medida la dictadura chilena no corresponde ya totalmente a los intereses de estos poderes fácticos, y qué síntomas se detectan de este primer indicio de divorcio entre el bloque social hegemónico que posibilitó la dictadura y el propio sistema dictatorial?

—Lo que decíamos anteriormente puede servir de base inicial a esta pregunta. Desde el punto de vista esencial, el bloque de fuerzas que logra derrocar al Gobierno del Presidente Allende tiene en su dirección el entendimiento: imperialismo-burguesía monopolística del país. Desde el punto de vista político, sin embargo, su gran éxito es crear un bloque de fuerzas que expresen intereses mucho más amplios, y que incluye sectores importantes de la burguesía nacional, sectores importantes de las capas medias, tanto productoras como profesionales-técnicas, intelectuales —que en una formación social como la chilena tienen su peso cuantitativo y político— e incluso algunos sectores de trabaja-

dores, principalmente del sector terciario. Y esa alianza de fuerzas antipopulares se expresa también en el terreno político, donde en la oposición al Gobierno del Presidente Allende participaron sectores democráticos, tanto por sus definiciones ideológicas como por su actitud política, hasta el período setenta-setenta y tres. Sin embargo, la hegemonía de la alianza burguesa monopolística-imperialista se hace absoluta desde el mismo once de septiembre del setenta y tres. Y a pesar de los intentos de colaboración de las fuerzas que representaban los otros sectores sociales que participaban en la alianza antipopular, la Junta no lo permitió. Desde el primer momento excluye una política de alianzas que en la dictadura reproduzca la alianza construida en la oposición al Gobierno del Presidente Allende. ¿Eso qué significa desde el punto de vista social y político? En primer lugar, que la Junta pierde apoyos en un vasto sector de la burguesía nacional, fundamentalmente la industrial, de formación relativamente joven, que está vitalmente interesada en el desarrollo del mercado del estaño, en la protección y el estímulo estatal y en la creación de un ámbito de mercado mayor que el chileno, protegido también de las transnacionales, como, por ejemplo, el Mercado Común. Por lo tanto, es un sector de la burguesía que crecientemente se distancia de la Junta y su política. Desde el punto de vista político e ideológico, todas las fuerzas de centro del país, y particularmente la Democracia Cristiana —que en la formación política chilena tiene un gran peso—, ya desde el segundo año después del golpe pasa a ser una fuerza de oposición, y hoy día es una fuerza activa en esta oposición. Desde el punto de vista ideológico, el conjunto de fuerzas democráticas, desde muy temprano, se contradicen con los aspectos brutales de la dictadura, particularmente por las formas que asume la represión. Y, por tanto, la Junta se aísla del conjunto de factores de poderes reales, agregado a la oposición inicial del movimiento obrero, del movimiento sindical, de la juventud. Y, por último, se desarrollan contradicciones también entre la



El general Pinochet, en su despacho.



Jóvenes oponentes al régimen dictatorial chileno manifestándose a favor del "no" en el plebiscito organizado hace unos meses por Pinochet.

Junta y al menos una parte del poder imperialista, el sector en concreto imperialista que pretende desarrollar una política en América Latina distinta a la anterior de Nixon y Kissinger: la política de derechos humanos, por así llamarla, tan alardeada por el Gobierno de Carter, que encuentra en Chile un "test" no sólo latinoamericano, sino mundial, de credibilidad. Es tan evidente la participación americana en la caída del Gobierno Popular, el apoyo al golpe de Pinochet y a la dictadura, que a cualquier Administración norteamericana que quiera dar una imagen distinta de su política internacional y que pretenda alguna credibilidad en la propaganda de derechos humanos, le interesaría el cambio de Pinochet. No sólo por la imagen que se pueda dar con un cambio en Chile, sino por todo un diseño general que sin duda cuenta con algún apoyo importante en el sistema de poder americano.

—Por lo que acabas de decir, de hecho, de una manera implícita, en la sociedad chilena se está planteando una alternativa democrática a la presente situación dictatorial. Pero en esta alternativa democrática tácita, para un observador extranjero se aprecian distintas diferencias sobre el modo o forma de salida de la dictadura. En concreto te has referido a la posición de la Democracia Cristiana, pero parece que esta fuerza política busca por ahora un camino intermedio para salir de la dictadura que consiste en no sumarse a un amplio frente de fuerzas democráticas que represente toda la oposición político-social chilena a la Junta. En cierto modo, esta polémica parece algo análoga a la existente en España sobre reforma y ruptura y que acabó, por lo menos en la primera fase, con la victoria de los reformistas. Siguiendo este esquema, ¿van a consolidarse las tendencias reformistas en la Democracia Cristiana, o, por el contrario, cabe pensar en una actitud rupturista por parte de esta fuerza política?

—Yo creo que estamos en un período donde no es posible anticipar, de una manera muy exacta, cuáles van a ser los comportamientos políticos de la Democracia Cristiana. Y digo esto por-

que, analizados los cinco años en su conjunto, vemos cómo la Democracia Cristiana ha ido variando de posiciones, tanto en función de su propia dinámica interna como en función de la dinámica antifascista general del país. Los sectores hegemónicos de la Democracia Cristiana tuvieron al comienzo del golpe una actitud que yo llamaría de colaboración discreta. No se comprometieron políticamente con el nuevo Gobierno, pero tampoco se alinearon en la oposición. Hacían el cálculo que hoy en día se ha demostrado que era erróneo, de que éste era un golpe tradicional como otro tipo de golpes que han ocurrido en América Latina y que después de un cierto corto período de tiempo volvería un sistema institucional que finalmente les entregaría el poder. Ello no ocurrió de esta forma y, finalmente, a lo largo de los años setenta y cuatro-setenta y cinco, la Democracia Cristiana pasa a posturas de oposición. En el seno de esta fuerza política, en estos años, se discutía si la oposición debía ser activa o pasiva; los que hablaban de la oposición pasiva pensaban en un desmoronamiento gradual del propio sistema y argumentaban la inconveniencia de activar la lucha de masas antifascistas en la medida que sería un factor que aglutinaría la unidad de los sectores en el poder.

Hoy día se puede afirmar que esta polémica interna se ha resuelto por la vía de la práctica, y que la Democracia Cristiana juega un papel de oposición activa. Hoy día, el debate, por tanto, se desplaza entre oposición independiente y oposición unificada. Esta última significa aceptar nuestra política de frente antifascista.

Como partido, pensamos que la resolución de esta contradicción en el interior de la Democracia Cristiana, que tiene mucho que ver con la forma en la que se desmorone el fascismo en nuestro país, va a depender mucho de la fuerza que logre el movimiento social de oposición antifascista y la fuerza que adquiera, desde el punto de vista político, el Movimiento Popular. Pensamos que si esta fuerza es escasa van a predominar en la Democracia Cristiana las tendencias a una democratización pactada —usan-

do términos españoles—, a una apertura donde las fuerzas críticas del fascismo jueguen un cierto papel. Y si la fuerza del Movimiento Popular es mayor, sin duda predominará en el seno de la Democracia Cristiana la postura de los sectores que están por una ruptura con el fascismo, por el entendimiento con el conjunto de las fuerzas democráticas y por la destrucción del sistema estatal fascista en el país como condición indispensable para una democratización estable y verdadera.

—Por lo que acabas de decir, vuelvo a referirme a la experiencia española, el modelo de salida español de la dictadura parece estar presente en el panorama político chileno. De su análisis y consecuencias, ¿qué conclusiones extrae el Movimiento Democrático Chileno para intentar imponer lo que en España, por lo menos hasta ahora, ha sido imposible conquistar: la ruptura democrática?

—La verdad es que yo diría que la forma en que se ha hecho el cambio democrático en España, teniendo en cuenta lo positivo que significa desde el punto de vista de las conquistas democráticas que el pueblo español ha ido consiguiendo, también influye tanto en el imperialismo, como en la socialdemocracia, como la burguesía nacional. En el sentido de intentar encontrar una solución que respondiendo al problema de la crisis del fascismo logre desarrollar un camino que democratizado el país mantenga el poder esencial en manos de la burguesía y del imperialismo. Esta reflexión, por tanto, se hace extensiva a las fuerzas populares chilenas. Por tanto, la situación y la experiencia española es para nosotros un motivo de referencia, yo diría, obligado. Sin embargo, tenemos la impresión de que esto no será muy fácil de conseguir en Chile.

—Dentro del abanico de fuerzas democráticas que luchan por la recuperación de la democracia en Chile, vosotros sois una fuerza importante. En España, especialmente desde los sectores cristianos progresistas que no han logrado articularse como fuerza política, se sigue con mucho interés la trayectoria del MAPU, un partido que nace de

una escisión de la Democracia Cristiana y que acaba transformándose en un partido marxista y obrero. ¿A través de qué proceso recorreréis este impresionante camino en menos de nueve años?

—Yo diría que nuestra evolución como partido que surge de la Democracia Cristiana, como su expresión más radical, está influido en sus inicios por el pensamiento social cristiano avanzado y que finalmente se convierte en un partido que desde un punto de vista ideológico se define en el marxismo y en el leninismo, y que desde el punto de vista de clase desarrolla una política obrera.

En primer lugar, desde el punto de vista social, nuestro partido es producto del fracaso del reformismo.

Experiencia que provoca un gran ascenso de las aspiraciones sociales de sectores que habían estado atrapados en el seno de las fuerzas moderadas y conservadoras de la sociedad, lo que ocasiona una gran expansión de la lucha de clases. Por tanto, el MAPU nace en un momento de gran ascenso de la lucha de clases en Chile, donde una de sus características es la incorporación a la lucha de sectores nuevos: sectores modernos del proletariado industrial, estudiantado, mano de obra agrícola. También hay que tener en cuenta en todo este proceso de transformación la radicalización del pensamiento de matriz inicialmente cristiano que se pone en la base de los cambios sociales de la revolución. Tanto las fuerzas sociales que representamos en su origen como algunos de los componentes ideológicos del comienzo, desembocan finalmente en los proyectos socialistas, e ideológicamente acabamos definiéndonos por el socialismo científico como matriz teórica ideológica. Estos son algunos de los aspectos de nuestro desarrollo. Proceso influido por una coyuntura nacional e internacional. A nivel interno se manifiesta un gran ascenso del Movimiento Popular, nacemos casi simultáneamente con la Unidad Popular y, por tanto, con un gran peso en la sociedad. A nivel internacional en aquellos años se caracterizan por un gran ascenso del movimiento revolucionario en América Latina, en África, y en distintos países de Asia. Una situación internacional donde las fuerzas del socialismo se desarrollan con gran fuerza. Y esta multitud de procesos provocan que nuestro partido no tome dos caminos posibles —que habrían sido al final fundamentalmente estériles—; el primero es el camino de un partido de cristianos por el socialismo, con todo el respeto que nos merecen nuestros compañeros del partido que son cristianos. Hubiera sido un partido que ideológicamente no hubiera sido capaz de asumir el marxismo. Y el otro riesgo, que ha sido muy corriente en formaciones de origen intelectual pequeño-burgués en América Latina, es el del vanguardismo. Somos un partido con una personalidad política propia que nos justifica como partido, pero al mismo tiempo con una voluntad política unitaria. ■